

Teatro Municipal

La Santacruz viene actuando, desde hace días, con indiscutible éxito en el Municipal. Ha llevado a escena varias operetas nuevas, desconocidas de nuestro público, y también algunas zarzuelas españolas, entre las cuales se destaca *La Montería*, una de las mejores del género y triunfo de Amparito Aliaga cuya voz dulce y maestría de escuela fueron calurosamente aplaudidas la noche de su debut.

El cuadro de la Santacruz es uno de los más completos que hemos visto. Todos los artistas responden con discreción a sus papeles, y discreción es uno de los elementos más necesarios en este género de teatro—teatro para la vista y para el oído, teatro que adormece con su música suave y casual de violines de Hungría y que nunca pasa de ser un momento convencional de un arte más convencional que cualquiera otro.

Debido a la índole del género los artistas guardan siempre una discreción que, sin duda alguna, es de buen gusto y que consiste en no exagerar los gestos, y en no salir de un ambiente que participa de la trivialidad del salón, donde, en voz baja, y entre frases picarescas se comentan las locuras de una flapper millonaria que tiene la cabeza a pájaros, de un rey insípido del siglo XIV francés o bien del imprescindible príncipe ruso que se enamora de la no menos imprescindible bailarina. Pero si todo esto es convencional no deja de tener su encanto. En cierto modo el público se divierte burlándose, entre música y bailarines, de estos pintorescos personajes.

Pilar Aznar, imponente y serena, llena de gracia la sala del Municipal. De tanto hacer papeles de princesa ya tiene algo de princesa, pero nunca olvida que su corte es de risa, de allí que siempre en la escena y en la vida pase sonriendo. Y su sonrisa refleja el ambiente encantador y ligero de un mundo lleno de amables personajes creados para regocijo del público. A su segura maestría en la escena junta Pilar Aznar sus grandes atractivos per-

sonales que realzan de manera vigorosa sus condiciones de verdadera artista.

Matilde Palou es la gracia perfectamente femenina, la gracia que sonríe con sutil y comprensiva tolerancia ante los pecadillos galantes, porque sabe muy bien que el amor es el centro de la vida de la mujer. Esta picardía siempre tiene algo de candor. Ella dice, con acierto, la frase intencionada que se disimula bajo la suavidad de una sonrisa y la frescura de la mirada. Acaso se trate de un desliz, pero es muy perdurable porque se ha cometido entre las rosas y bajo la seducción de la luna. Precisamente en esto consiste el dominio artístico de Matilde Palou. Con cuánta delicadeza pasa por los momentos más escabrosos esta artista de la discreción y del buen gusto.

Y por último Amparito Aliaga que, como ya lo hemos dicho, obtuvo un éxito brillante en *La Montería*, es la consciente dominadora de su voz, su voz que es una fina nota de cristal que se va adelgazando lentamente hasta convertirse en un trino. Si las rosas hablaran no tendrían otra voz. En *La Montería* estuvo admirable, derrochando a cada momento una gracia espontánea muy ajustada a su papel de aldeana enamorada de un gran señor.

Con este armonioso trío la Compañía Santacruz obtendrá —estamos seguros— una serie de éxitos resonantes, no sólo entre nosotros, sino por todos los países en donde actúe. La Aznar, la Palou y la Aliaga e cucharán, como en Caracas, las estruendosas ovaciones de los públicos conmovidos por su extraordinario arte. Y su recuerdo perdurará en la memoria de las gentes, como esos exquisitos momentos plenos de romanticismo que nos hacen olvidar las durezas y las vulgaridades de la vida.

Las demás partes de la Compañía corresponden con verdadero acierto a sus papeles, formando así un conjunto de indiscutibles méritos. La mise en scene, irreprochable.